



LAS ISLAS FILIPINAS



CENTENARIO DEL 98

EL COMBATE DE SANTIAGO DE CUBA



El 3 de julio de 1898 tuvo lugar uno de los combates más desgraciados que registra nuestra historia naval, con el hecho poco común en los anales navales de que se perdiera la totalidad de los buques de la escuadra derrotada. Estas líneas quieren ser conmemoración de aquel heroico sacrificio, al mismo tiempo que un somero y desapasionado resumen de los hechos que tuvieron lugar en las costas cubanas y que sentenciaron de forma inapelable el resultado de la guerra y, consecuentemente, la pérdida de la isla.

La salida de la escuadra

Resulta sorprendente que tras barajar tantas líneas de actuación, finalmente se escogiera una de las peores alternativas posibles para forzar el bloqueo: salir a primera hora de la mañana de un largo día veraniego, facilitando al enemigo largas horas de luz para la subsiguiente persecución.

Si la salida nocturna que defendía el jefe del estado mayor de la escuadra, capitán de navío Bustamante, no se tomó en cuenta, al menos se podría haber

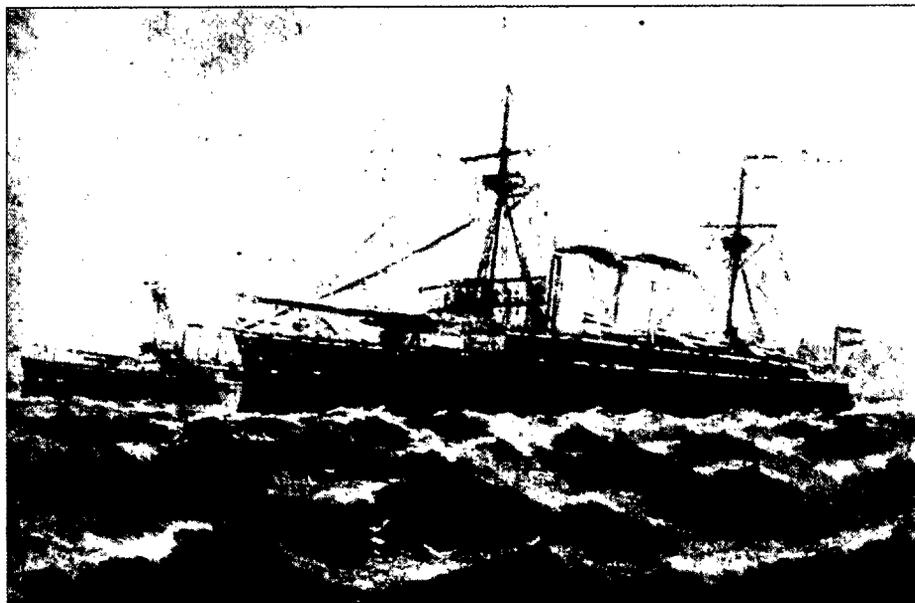
optado por salir al crepúsculo, rápido en tales latitudes, que hubiera dado la suficiente luz para salir de puntas, dificultando luego la oscuridad la caza del enemigo.

Tampoco se tuvo en cuenta la recomendación de Bustamante de salir a varios rumbos, para dividir y confundir al adversario, sino que se decidió salir de uno en uno y, sin prestarse apoyo mutuamente, los buques huirían paralelamente a la costa hacia el oeste, con lo que no utilizarían la mitad de su artillería y podrían verse arrinconados entre la costa y el enemigo. Incluso se perdió un tiempo precioso desembarcando a los prácticos civiles del puerto tras desembocar de la canal.

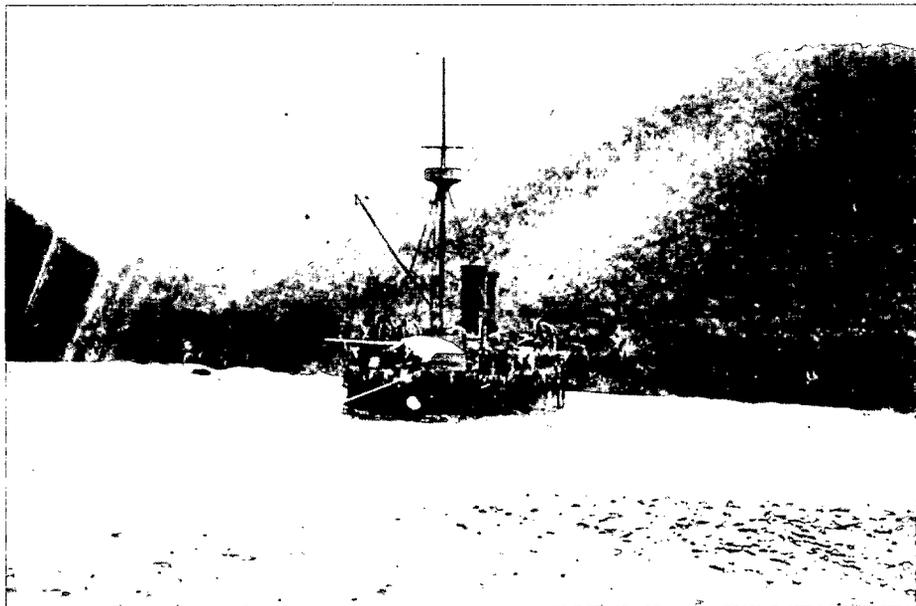
Para cubrir la retirada del resto, el insignia, *Infanta María Teresa*, atacaría al *Brooklyn*, el barco más rápido, y por tanto más temido del enemigo. Nadie ha negado el valor al almirante Cervera, pero pretender que con sólo su crucero pudiera entretener a toda la escuadra adversaria parece algo poco meditado.

Tampoco podía esperarse lograr la sorpresa; aparte de la hora en que se realizó la salida, parece improbable que los bloqueadores no divisaran las densas humaredas producidas por los cuatro cruceros y los dos destructores al avivar fuegos.

Al menos en una cuestión la suerte favorecía el desesperado intento de los españoles, y era el que la escuadra bloqueadora se había reducido sensiblemente: el acorazado *Massachusetts* y el crucero protegido *Newark* carbonea-



Cruceros *Vizcaya* y *Oquendo*. (Óleo de Monjó. Museo Marítimo de Barcelona).

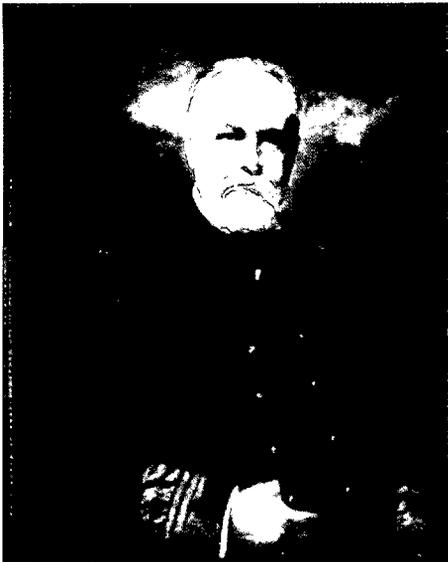


El *Vizcaya* después del combate (Museo Naval).

ban en Guantánamo, y el insignia de Sampson, crucero acorazado *New York*, tampoco pudo participar en el combate, más que al final y de forma puramente simbólica, pues el almirante se había desplazado a Siboney para conferenciar con el atribulado general Shafter. Por ello, los buques entonces frente a Santiago se reducían al crucero acorazado *Brooklyn*, insignia del comodoro Schley; a los acorazados *Iowa*, *Indiana*, *Oregon* y *Texas*; a los pequeños vapores *Gloucester* y *Vixen*, y al torpedero *Ericsson*. Estos dos últimos, así como el pequeño vapor armado *Hist*, también presente en Siboney, apenas participaron en el combate.

Haciendo omisión de los buques menores, se enfrentarían así cinco buques norteamericanos, de los que los tres mayores acorazados estaban fuertemente blindados, con cuatro cruceros españoles. Se ha insistido en que la principal desventaja de los tres cruceros clase *Vizcaya* era que no se trataba realmente de cruceros acorazados, sino simplemente de protegidos. Tal afirmación es absolutamente errónea, pues ningún crucero protegido ha llevado una faja blindada en flotación, y mucho menos de 30 cm de espesor. Se aduce entonces que tal faja poco significaba, pues sólo se extendía sobre los 2/3 de su línea de flotación, quedando los extremos de proa y popa sin proteger.

Pero algo muy parecido pasaba en los buques de Sampson, pues en los cuatro acorazados la cintura sólo se extendía por la mitad de la eslora, y por



El vicealmirante Pascual Cervera y Topete (1839-1909). (Museo Naval).

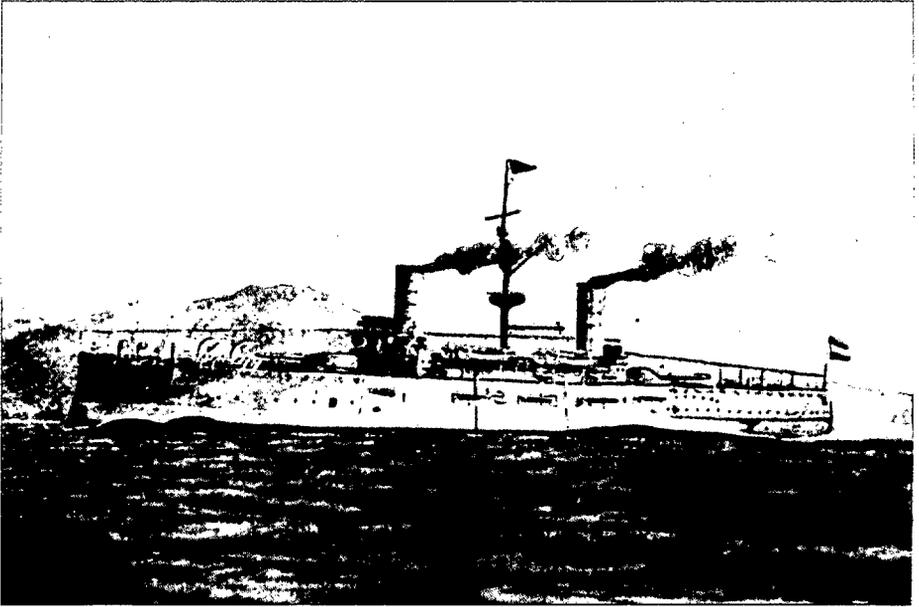
58 metros de los 122 del *Brooklyn*, y aunque los *Indiana* y *Oregon* tenían espesores de hasta 457 mm, de 355 en el *Iowa* y de 305 en el *Texas*, el *Brooklyn* debía conformarse con sólo 76 mm.

Lo verdaderamente decisivo fue que los acorazados estadounidenses llevaban blindados sus costados en su parte central, protegiendo las partes más vulnerables, de forma parecida aunque más gruesa que el *Colón*, mientras que el *Brooklyn* llevaba protegidas sus piezas de mediano calibre en casamatas blindadas. Por contra, los *Vizcaya* presentaban sus altas obras muertas sin apenas protección, lo que les hacía vulnerables a cualquier proyectil enemigo.

En cuanto a la artillería, los estadounidenses reunían 14 piezas de 320 y 305 mm de calibre, 32 de 203 y 34 de 152, 127 y 102 mm, aparte las menores de reducida eficacia contra buques de alguna entidad, frente a las seis únicas piezas de 280 mm y 46 de 152, 140 y 120 españolas. Los bloqueadores tenían, por tanto, una gran superioridad en piezas pesadas de entre 13 y 8 pulgadas, y eran algo inferiores en las de tipo medio. Ello no era tan determinante como pudo serlo después, pues por los deficientes sistemas de puntería y la lentitud de disparo los cañones pesados debían disparar a distancias relativamente cortas para asegurar el blanco.

Tal vez la única arma realmente eficaz contra los tres más poderosos acorazados americanos de la que disponían los españoles eran los torpedos. De hecho, la Armada de entonces tenía gran confianza en las nuevas armas, una de las cuales hubiera bastado para echar a pique o averiar seriamente a sus poderosos enemigos. Los *Vizcaya* llevaban un total de ocho tubos fijos a proa, popa y costados, con recarga, mientras que el *Colón*, de diseño italiano, llevaba cuatro. Y ello sin mencionar a los destructores, buques especialmente diseñados para ello, y de modelo tan parecido al que dio tan buenos resultados en manos japonesas en la guerra contra Rusia de 1904-1905. Pero entonces los torpedos, aparte de otras imperfecciones, tenían una carrera limitada a unos centenares de metros, y a plena luz del día era literalmente suicida intentar acercarse a esa distancia a un poderoso acorazado.

Sin embargo, doctrina y práctica no faltaban, y al menos desde la crisis de las Carolinas en 1885, cuando la escuadra al mando de Antequera se concen-

Crucero *Cristóbal Colón*.

tró en Mahón en la eventualidad de una guerra con Alemania, las maniobras repetían el supuesto de un ataque nocturno de los torpederos a los buques mayores y, evidentemente, de la defensa y combate nocturno de éstos.

Así, la salida nocturna que preconizaba Bustamante era la mejor oportunidad para los españoles, no sólo de escapar, sino de llevarse por delante a alguno de sus enemigos, pero por diversas consideraciones no se tomó en cuenta.

Nadie podía dudar del resultado del combate, pues la inferioridad española era evidente, pero quedaba aún por dilucidar si alguno de los buques de Cervera conseguiría escapar, y los daños que sufrirían sus enemigos. Desgraciadamente, y como hemos dicho, la opción escogida para la salida no hizo sino poner las cosas aún más fáciles para los bloqueadores.

El combate

A eso de las 0935 h de la mañana, el *Teresa* salió de la bocana; quince minutos después lo hacía el último de los buques españoles, el destructor *Plutón*.

Según lo previsto, el insignia español se dirigió a toda máquina contra el *Brooklyn*. En él, Schley pareció perder la cabeza por un momento y ordenó meter toda la caña a babor para alejarse de su enemigo. Al final, el buque americano describió un giro completo, lo que estuvo a punto de provocar una



El capitán de navío don Joaquín Bustamante y Quevedo; genial inventor y jefe de E. M. de la escuadra de Cervera. (Museo Naval).

colisión con otros buques de su misma bandera, especialmente el *Texas*, que tuvo que dar atrás toda.

Pero la concentración de buques americanos no tardó en producirse, y el *Teresa*, acosado e incendiado, no tuvo más remedio que irse contra la costa cuando eran las 1015 horas.

A todo esto, los *Vizcaya* y *Colón*, tras rebasar a los combatientes, hicieron rumbo al oeste, sin cambiar más que algunos disparos a larga distancia con sus enemigos. Ello hizo recaer todo el peso sobre los últimos en salir, el *Oquendo*, que ya recibió impactos en el mismo canal, y los dos frágiles destructores. A las 1030 el crucero había embarrancado, lo mismo que el *Plutón*, mientras que el *Furor*, destrozado por el fuego enemigo, se hundía con Villaamil en su puente de mando. En el crucero, y mientras dirigía la evacuación de la

dotación, también resultó muerto el capitán de navío Lazaga. Es decir, durante la primera parte del combate, sólo dos de los cruceros españoles lucharon contra sus oponentes, por lo que la superioridad numérica de éstos, no muy grande, se multiplicó por dos, en vez de ser un duelo casi de buque contra buque como hubiera podido ser. Además, muchos de los buques norteamericanos pudieron disparar por ambas bandas, simultáneamente contra el *Teresa* y el *Oquendo* y los destructores, mientras que los españoles sólo podían hacer fuego por una de las bandas.

El error de salir todos en la misma dirección tuvo sus efectos poco después. Incluso el *Teresa*, pese a que pretendía sacrificarse por el resto de la escuadra viró al mismo rumbo, lo que no hizo sino facilitar la persecución del enemigo. Pronto el *Vizcaya*, frenado por sus sucios fondos, fue a su vez rodeado y acribillado, embarrancando sobre las 1105 horas.

El *Colón*, el buque más rápido de ambas escuadras en levantar presión gracias a sus modernas calderas acuatubulares, se distanció considerablemente del combate, pareciendo por un momento que lograría escapar. Pero, según se afirma, consumió todo el carbón Cardiff, y tuvo que echarse mano del inferior cubano, por lo que perdió velocidad y no tardó en ver acercarse a sus enemigos. También es posible, como sucedió en muchos buques de la época, incluso en los norteamericanos aquel mismo día, que el esfuerzo de los fogoneros no

podiera mantenerse mucho tiempo en un navío alistado para el combate y, por tanto, mal ventilado. Y los fogoneros españoles tenían además el hándicap de las escasas raciones durante el asedio de Santiago y los primeros estragos de las enfermedades tropicales.

Pese a hallarse el buque prácticamente indemne, con sólo un muerto y un puñado de heridos, y aunque contaba con una magnífica batería de cañones de tiro rápido de 152 y 120 mm, y que era el crucero acorazado mejor blindado de ambas escuadras, el capitán de navío de primera clase y segundo jefe de la escuadra, Paredes, decidió dar por concluida la lucha y embarrancar el barco para impedir fuese apresado, con lo que a eso de la 1315 h finalizó la lucha.

Una valoración del combate

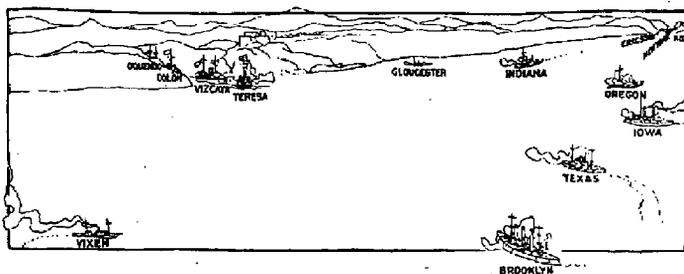
Los cruceros españoles no podían realmente vencer en combate abierto a sus mucho más poderosos enemigos, pero además, y como se ha dicho, el defectuoso dispositivo de salida hizo que tuvieran que luchar cada uno contra varios.

Tampoco pudieron elegir la distancia de combate, lo que tuvo su importancia, no porque, como se ha dicho, los cañones españoles no alcanzaran a sus enemigos, sino por todo lo contrario. El cañón más difundido en la escuadra era el de 14 cm Hontoria modelo 83, que rebasaba ampliamente los 10.000 metros de alcance, y la lucha se produjo a 4.000 metros e incluso a distancias inferiores. De hecho, los buques de ambos bandos registraron impactos ligeros de 57 y 37 mm, cuyo alcance eficaz apenas sobrepasaba los 3.000 metros, e incluso se registraron impactos de ametralladora.

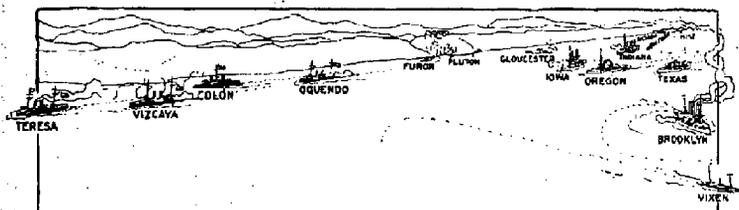
Aquella distancia era, sin embargo, la ideal para los cañones enemigos, especialmente los de 203 mm, y excesivamente larga para los 800 metros de carrera máxima de los torpedos españoles. Este arma, que pudo ser decisiva, de hecho no fue utilizada, pues ni los destructores llegaron a distancia de lanzamiento ni los cruceros se hallaron nunca tan cerca. Los únicos lanzados lo fueron al fin del combate, para evitar que estallaran a bordo. Los norteamericanos, que habían concedido escasa importancia a la nueva arma, no llegaron a utilizarlos.

Pese a las apariencias, el tiro norteamericano fue francamente malo. Sólo dos proyectiles pesados acertaron el blanco, y eso en una descarga a bocajarro del *Indiana* sobre el aislado y acosado *Teresa*. Mejores y decisivos resultados tuvieron los de ocho pulgadas, con un 3,1 por 100 de blancos; los de seis y cinco pulgadas sólo consiguieron un 2,6 por 100, y los de cuatro un 5,7 por 100, obteniendo las ligeras un abismal 1,1 por 100.

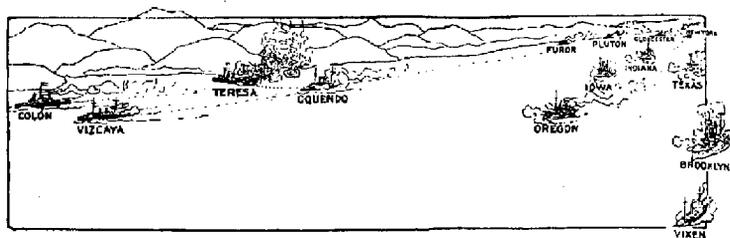
Los impactos en los buques españoles no fueron, por tanto, muy numerosos: el *Teresa* encajó dos de 320 mm, tres de 203, cinco medios y 19 ligeros; el *Oquendo*, tres de 203, 11 medios y 43 ligeros; el *Vizcaya* cuatro de 203,



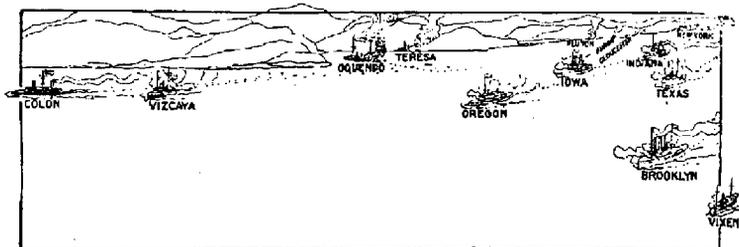
La escuadra de Cervera sale de Santiago.



Se aproxima la escuadra norteamericana.



El *Teresa*, alcanzado.



Teresa y *Oquendo*, varados; *Vizcaya*, ardiendo; el *Colón* es alcanzado.

Cuatro fases del combate (ilustraciones del folleto editado por Casáu con ocasión de la inauguración por SS. MM. los Reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia del monumento a los Héroes de Cavite y Santiago de Cuba. Cartagena, 1923).

nueve medios y 12 ligeros, y el *Colón* sólo cuatro medios y dos ligeros.

Estas cifras se obtuvieron tras un detallado reconocimiento de los cascos tras la batalla por los expertos norteamericanos, y fueron corroboradas por el neutral Jacobssen, comandante del crucero alemán *Geier*, que, si acaso, las estimó algo menores. Es posible que las señales de algunos impactos desaparecieran por los incendios y explosiones posteriores, pero, tras los estudios mencionados, no parece que fueran en número o calibre importante. También es seguro que alguno de los impactos se produjo cuando los buques iban a embarrancar o ya lo estaban.

En los destrozados cascos de los destructores no se pudieron hacer estudios semejantes, pero, dada su

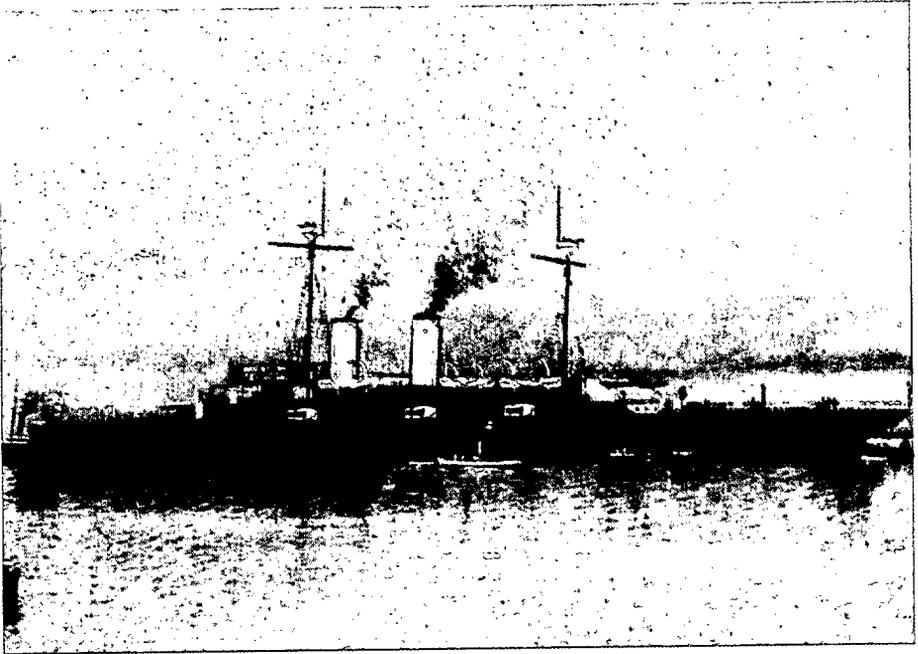
fragilidad y escaso tamaño, tampoco necesitaban un gran castigo para ser echados a pique, por lo que las cifras globales no se incrementarían mucho.

Dejando aparte al *Colón*, parecen relativamente escasos impactos para explicar la pérdida de fuertes buques de 7.000 toneladas. Sobre todo si se tiene en cuenta el pequeño daño que podían hacer las piezas ligeras de 57 a 37 mm, útiles en todo caso contra estructuras ligeras o contra personal al descubierto. La pérdida de los cruceros se debió, según parece, más a los incendios provocados por las explosiones en buques que llevaban todavía mucha madera a bordo, que por el propio efecto de las granadas. Pero tal cuestión, al ser divulgada y conocida por gente poco entendida, ha dado lugar a la extendida leyenda de que los buques españoles eran de madera.

En cuanto al tiro español, y pese a lo que se ha afirmado, no fue mucho mejor. Ninguna de las seis piezas de 280 mm alcanzó blanco alguno, lo que, aun siendo de esperar para la época, tuvo serias consecuencias, pues era el calibre que más daño podía causar. Por ello mismo, la falta de las dos piezas principales del *Colón*, de 254 mm, tuvo unos efectos más de índole moral que material, especialmente si recordamos que las piezas pesadas de los vencedores tampoco lograron gran cosa.

Lo que si es de lamentar es que sólo menos de una decena de tiros entre los de 15, 14 ó 12 cm alcanzaran su blanco. Según el parte de Paredes, el *Colón* disparó 301 granadas de dichos calibres, el *Vizcaya* unas 150 de 14 cm, y





Crucero *María Teresa*, buque insignia de Cervera. (Óleo de Monjó. Museo Marítimo de Barcelona).

aunque el *Teresa* y el *Oquendo* dispararan cada uno menos que su gemelo (en el *Oquendo* una pieza despidió el cierre matando o hiriendo a sus servidores), el total no debió estar lejos de los 600 disparos, lo que ofrece un porcentaje muy bajo de aciertos. Al parecer, y aparte de las dificultades con las piezas (de las que tampoco estuvieron libres sus enemigos, aunque en mucho menor grado), parece ser que se apreciaron mal las distancias. Tras la batalla, los estadounidenses reconocieron los pecios y observaron que muchas de las alzas estaban graduadas en torno a diez mil metros, y oyeron cómo muchos proyectiles silbaban por encima.

El disparar largo, que hacía también más difícil el corregir el tiro al ser difícilmente observables los piques, pudo tener su origen en que los españoles consideraron que sus enemigos aprovecharían sus mayores calibres y blindajes para destruirlos desde gran distancia. Y aunque sabemos que ello no ocurrió así, ese planteamiento no dejó de tener su importancia.

El *Brooklyn* fue el buque más castigado, con unos 40 impactos, pero de ellos la gran mayoría fueron irrelevantes al ser unos treinta de calibres menores (57 y 37 mm), cascos de metralla o incluso alguna bala de ametralladora, siendo sólo cuatro de ellos de calibre medio. El *Oregon* recibió tres impactos; dos el *Texas*, que le averiaron el mecanismo del tiro forzado; dos el *Indiana*, y

unos once el *Iowa*, entre ellos algunos de los mejores tiros españoles, alcanzándole en la flotación en las partes no protegidas por la coraza, haciendo el mayor de ellos un agujero de 40 x 18 cm.

Las bajas

Según sus propios recuentos, los vencedores sólo tuvieron un muerto y algunos heridos en el *Brooklyn* y varios más en otros buques. De ser así, no cabe duda de que, aparte de sus blindajes y del escaso castigo soportado, les acompañó la buena suerte, pues en los bombardeos previos de San Juan de Puerto Rico y de Santiago, un número mucho menor de impactos españoles había causado bajas iguales o superiores.

En cuanto a las bajas españolas, se cifraron en 332 muertos y 197 heridos, pero no son éstas las sufridas en el combate, sino las habidas en la escuadra por cualquier causa desde que salió de Cabo Verde hasta que volvieron a España.

Aunque una lista exacta es difícil de establecer, pues la documentación se perdió con los buques, según recuentos posteriores habría que descontar las bajas ocurridas con anterioridad o posterioridad al combate. Sólo en las Lomas de San Juan, donde fue herido mortalmente Bustamante, hubo 71 muertos y heridos. En los bombardeos de Santiago, por accidente, enfermedad y alguna desertión en Cabo Verde, una quincena. Algunos más murieron de enfermedad en la travesía de vuelta a España, más de cincuenta por la misma causa en hospitales americanos durante la cautividad y, más dolorosamente, 19 entre muertos y heridos en el *Harward*, cuando por un error los vigilantes dispararon sobre los recién recogidos naufragos.

En resumen, en el combate propiamente dicho no se debieron producir más que unas 350 bajas en total. Ello no disminuye ni el sufrimiento humano ni el valor y la entrega de unas dotaciones y mandos que debieron afrontar en unas pésimas condiciones un combate, tras padecer hambre y enfermedades en la asediada Santiago, luchar en tierra y soportar los continuos bombardeos. Pero sí reduce a otros términos el resultado del combate y deja en entredicho la supuesta enorme eficacia del enemigo.

A este respecto cabe señalar, que salvo por el pequeño *Furor*, y como en Cavite, ninguno de los buques españoles fue hundido por el fuego enemigo, sino varado por sus dotaciones una vez que la resistencia se había hecho imposible.

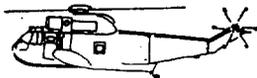
Conclusión

No tenemos espacio para recordar aquí todos los actos de heroísmo y abnegación que tuvieron lugar en aquellas dolorosas y trágicas horas, y sería injusto mencionar algunos nombres y olvidar otros.

Por ello nos referiremos a una anécdota colectiva y que muestra bien el espíritu de aquellos hombres: entre los buques más castigados por el fuego enemigo se encontraban, según hemos visto, el *Oquendo* y los dos destructores. Ya en tierra, los náufragos rehusaron rendirse a las partidas cubanas que por allí acechaban y a sus vencedores norteamericanos. Pese al estado en que se encontraban, agotados, descalzos y desnudos, privados de todo, unos 150 decidieron volver en una épica marcha a la asediada Santiago, al mando de un puñado de oficiales. Y todavía pidieron participar en una desesperada defensa que se prolongó hasta el 16 de julio.

¿Qué hubieran conseguido tales hombres en otras circunstancias y con otros medios?

Agustín R. RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Doctor en Historia Contemporánea



BIBLIOGRAFÍA

- Appendix to the Report of the chief of the Bureau of Navigation*, Washington, 1898.
CERVERA Y TOPETE, Pascual: *Colección de Documentos referentes a la Escuadra de Operaciones de las Antillas*. Editorial Naval. Madrid, 1985.
Correspondencia oficial referente a las operaciones navales durante la guerra con los EE. UU. Madrid. Imprenta de Infantería de Marina. Madrid, 1899.
MULLER Y TEJEIRO, José: *Combates y capitulación de Santiago de Cuba*, Madrid, 1898.
RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, A. R.: *La guerra del 98. Las campañas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas*. Aguilar, Madrid, 1998.
TRASK, David F.: *The war with Spain in 1898*. New York, 1981.
WILSON, H. W.: *The Downfall of Spain*. Londres, 1900.